

RENTERIA DURANTE AQUELLAS OTRAS EXPOSICIONES. RECUERDOS DE UN "CHAVAL".

Alberto ECEIZA MICHEL:

Exposición Internacional de Sevilla... Olimpiada de Barcelona... Es curioso que hace sesenta y tres años, en 1929 -casualmente 1992 con las dos últimas cifras invertidas- coincidieran también la Exposición Ibero Americana de Sevilla y la Internacional de Barcelona. Y, como en éste 1992 todo son efemérides -rendición de Granada, descubrimiento de América, expulsión de los judíos...- añoremos aquellos años veintinueve en que, asomándonos a la pubertad, nos preocupábamos muy poco de exposiciones.

Eran tiempos del general Primo de Rivera, de censura de Prensa y de las otras. Recuerdo a la pobre "Dámasa", el desdichado homenaje a los hijos ilustres de la Villa, instalado en la hermosa y desaparecida Alameda Grande y que el párroco don Francisco María Ayestarán se negó a bendecir "por impúdica" ya que sobre su amplia túnica, que le llegaba hasta los pies, asomaba un pétreo seno. ¡Qué síncope para don Francisco si se asomase, ahora, a una playa!

Todo esto, en los "morroskos" sólo se reflejaba en chistes y canciones satíricas ya que las cosas de los mayores -tal como sucede ahora- nos importaban un rábano. Quizá sintiésemos algún momentáneo pesar por la muerte de la "reina vieja", doña María Cristina, a la que "conocíamos" por sus visitas estivales a la Fábrica Grande en demanda de sus afamadas sábanas de lino, a la Fabril Lanera a por ovillos de lana y a la tienda de Mendarte "proveedora de la Real Casa" de las renombradísimas galletas Olibet, fábricas y establecimiento tan desaparecidos como la "Dámasa".

De lo que oliese a política sólo sabíamos que al dictador no le gustaba el euskera, aunque en las escuelas no se llegó a los extremos que nos contaban nuestros padres respecto a una fatídica "chapa" o medalla.

Entonces aún circulaban moneditas de un céntimo y de dos céntimos.

Eran unas monedas diminutas, de cobre, con las cuales se podían comprar confites en la tienda de "Kantxale" y chufas en el puesto de "La Maña", en la plaza del Mercado. Estas moneditas, al igual que los "suses" (de cinco céntimos) y los "txampones" (de diez), además de su poder adquisitivo, servían para formar magníficos collares y pulseras "de oro" (previo baño en ácido) para adornar a nuestras "húngaras" en los Carnavales.

Era alcalde don Carlos Ichasu-Asu, nombrado a dedo como todos entonces. Fue, al parecer, un buen alcalde que, por aquel año, nos proporcionó nueva traída de aguas y un flamante matadero. Rentería, con la sexta población que ahora, tenía el sobrenombre de "pequeña Manchester" y los renterianos el de "galleros" por las dos grandes fábricas que perfumaban el ambiente del pueblo de modo mucho más agradable a como lo hace hoy el río. Las numerosas fábricas y talleres esparcidos por el casco urbano y por sus alrededores, aún no estaban afectados por el gran "crack" de la Bolsa de Nueva York que, por aquellos días, arruinó a medio mundo.



La torre desde el Este

Por ello, quizás, no tuvo mayor importancia para los chicos de entonces. Más nos importaban las victorias del Euskalduna, el equipo de fútbol local de más categoría. Nuestro ídolo futbolístico, sin embargo, era foráneo: Ricardo Zamora, el mítico portero del Español de Barcelona.

El célebre vuelo del "Plus Ultra" aún se reflejaba en los escaparates de algunas tiendas con hermosas maquetas del avión que se podían adquirir a cambio de determinado número de los cromos o envolturas que traían ciertos chocolates y caramelos. Lo mismo pasaba con magníficos balones de "reglamento" adquiribles llenando un álbum con las caras de todos los futbolistas de primera división. Siempre faltaba uno que no aparecía ni a tiros. (Creo que era Santiuste).

Recuerdo que aquellos inviernos fueron crueles, con temibles "olas de frío". Pero, detrás, llegaban los veranos que nos traían las fiestas de los barrios. La más sonada era la de la calle Magdalena. Esa calle dormida ahora, entonces era la más despierta del pueblo gracias a la diligencia de don Salvador Camacho y sus "Incansables". Brillaba tanto como las propias "Magdalenas". Incluso la Banda Municipal de Música, bajo la batuta de don José María Iraola, deleitaba con sus bailables a los de

la estrecha calle. Ocho días antes se celebraban las procesiones del Corpus con un boato extraordinario. Las calles se cubrían con olorosas hierbas y las paredes cercanas al suelo con blanquísimas sábanas así como los balcones de todas las casas.

Entre otras cosas, los veranos traían también las “Jardineras” del llamado “tranvía blanco” en contraposición con “El topo”, que entonces era de color caoba oscuro. Aquellos simpáticos coches abiertos, similares a los que ahora se ven en películas que tienen por escenario a San Francisco de California, recorrían la calle Viteri de punta a punta, daban la vuelta por detrás del kiosko de la música en la “Alameda pequeña” -situado poco más o menos donde el actual- y se perdían carretera adelante rumbo a Donostia.

Todas las semanas -no recuerdo el día- se llenaban de vacas, cerdos, gallinas y productos del campo, los aledaños de la Plaza de los Fueros en rediles y puestos improvisados. Era una feria renombrada en todo el contorno.

El verano nos traía también las carreras de automóviles de Lasarte donde, incluso, se celebraron campeonatos de Europa de los “fórmula uno” de entonces. Era corriente ir a Hernani en el cochecito de San Fernando, con la comida y un buen “sato” de vino para asistir a la gran fiesta-romería en que se convertían aquellas carreras, donde lo que menos importaba era lo que sucedía en la carretera. Pero los chavales discutíamos sobre las virtudes y ventajas de los Bugatti, Masseratti, Delage... y los conductores Nuvolari, Von Stuck, etc.

Recordando aquellos tiempos, no sé si Rentería se ha elevado sobre el nivel del mar o éste ha perdido sus ímpetus de antaño. Con las mareas vivas de San Miguel, las partes bajas del pueblo se inundaban, el agua brotaba por las alcantarillas y se convertían en lagunas la vega de Iztieta (entonces conocida por “huertas del hospital”) y su anexo, una depresión en la confluencia de la carretera general con la calle Viteri, en la cual ahora hay edificios pero entonces estaba ocupada por enormes troncos pertenecientes a una cercana fábrica de muebles y que flotaban con las mareas, sirviendo de arriesgada diversión a los chavales. También se inundaba el solar donde ahora se encuentran los restos de lo que fue Tintorería Sin Rival. Era una delicia bañarse allí sintiendo la hierba bajo los pies. Claro está que las aguas de aquellas mareas eran mucho más limpias de lo que lo serían ahora...

Pero, también aquellos años se estaba produciendo un cambio en nuestras mentes. Ya no tenían tanto atractivo las aventuras de Buffalo Bill, Dick Turpin y similares y empezaron a tenerlo ciertas noveluchas compradas a escote entre los compañeros de clase y “digeridas” en grupo. No creo que don Gabriel y don Aparicio, nuestros profesores de las Públicas, sospechasen siquiera que, con aquellas lecturas, estábamos aprendiendo lecciones que no se daban en la escuela. Y era el sexo que despertaba en nosotros, pese a la severa moral que se nos imponía y que convertía en pecaminoso todo cuanto se refiriese a ello. Y, ya se

sabe: fruto prohibido, fruto apetecido. Así empezamos a endiosar a las chicas que, poco antes, habíamos menospreciado.

Fue una época de nuestras vidas en que solicitábamos de las pequeñas damiselas de nuestro entorno relaciones algo más que platónicas. Algunos, en sus ardientes ruegos, prometían además del correspondiente casorio, “cuando fuesen grandes”, regalos de collares de diamantes, pendientes y pulseras de oro, anillos de rubíes, cubertería de plata y muebles de caoba para su futuro hogar. (¡Con lo que nos costaba reunir los veinte céntimos que costaba la entrada al cine “On-Bide”, especializado en “vaqueradas”, casi todas por episodios, en sesiones de los domingos por la tarde!) Pero ellas no picaban. Lo más que hacían con cierta perversidad, era ponernos “a cien” al arrimarse en los bailes de las fiestas, ensayando tangos y haba-
neras.



La torre desde el Oeste

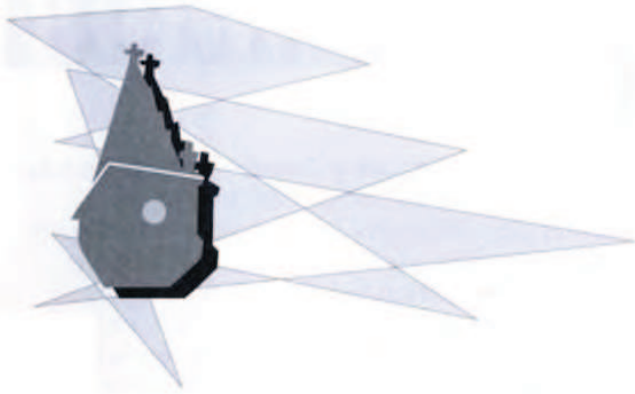
Esto quizá parezca ridículo a la moral de hoy, tan influenciada por la televisión en la cual el acto sexual salta y brinca ante los espectadores. Pero, para las chiquillas de entonces -siempre hay excepciones- eso de hacer “txistas” ni hablar. Y así nos mantenían en una encantadora aureola de misterio envolviendo al amor con su secuela de sueños, aventuras imaginarias y suposiciones que nos llevaban a creernos dueños del mundo si nuestra preferida se detenía a hablar con uno o simplemente, te sonreía al pasar...

El ambiente actual parece poco propicio para estos sueños. Todo ha cambiado, incluso la manera de hablar. ¿Qué chavales de ahora dicen en sus juegos: “azken”, “urren”, “marrumarru”, “txulo”, “utsa”, “korrampilan”, “zomorro”, etc. etc.? La política anti-euskérica aún no había rematado su labor...

Hay muchas otras cosas bullendo en el recuerdo pero esto se hace muy largo. Lo indudable es que aquel entrañable Rentería, laborioso y galletero, ha pasado a la historia. De los siete mil habitantes de entonces se ha pasado a tener más de cuarenta mil y sin embargo, su industria ha caminado en dirección inversa: de los numerosos talleres y fábricas de aquella época, apenas si quedan muestras...

Lo que no ha cambiado es el símbolo del pueblo: su torre parroquial. Sevilla tiene la Giralda como distintivo; Barcelona su templo de la Sagrada Familia... Rentería, guardando las “distancias”, su torre.

Construida hace menos de un siglo, en 1897 sobre el ya muy anterior cuerpo de la iglesia, el señor que la diseñó nos dio el regalo de una estructura singular cuyos valores arquitectónicos y artísticos serán nimios, pero que, evidentemente, no tiene par. Cualquier “erriko-seme” ausente del “txoko” por muchos años, quedará perplejo ante fotografías de las nuevas barriadas renterianas y no las reconocerá como pertenecientes a su villa natal...



Pero, si por algún rincón, asoma la silueta de la pirámide cuadrangular de dicha torre, se le escapará un ¡Rentería! que le saldrá del alma. Así de inconfundible es.

Y así eran nuestros días al amparo del pararrayos de dicha torre, hace sesenta y tres años. A la pobre ya le falta un cimborrio. Quiera Dios que "quien pueda" devuelva su integridad al que hoy por hoy, y mientras no se construya algo mejor, es nuestro símbolo local y quizá lo siga siendo dentro de otros sesenta y tres años, cuando alguno de los chavales de ahora recuerde estos días de efemérides y exposiciones.



La torre desde el Norte

